

# NOTAS

## El “patrimonialismo”

EN MÉXICO ANTE UN PRESENTE INCIERTO, un ensayo que escribió para *La Nación*, de Buenos Aires, Octavio Paz define a la modernización “como una tentativa por devolver a la sociedad la iniciativa que le fue arrebatada y así romper la inmovilidad forzada a que nos ha condenado el patrimonialismo estatal”. Después de describir el dominio de la sociedad mexicana por el Estado, Paz agrega: “el fenómeno mexicano no es enteramente nuevo en la historia; ha sido descrito con brillo, primero por Maquiavelo y después por Max Weber. Su verdadero nombre es patrimonialismo. En México es una herencia del régimen virreinal español”.

¿Qué es, en definitiva, el patrimonialismo? No creo alejarme de Paz al definirlo como una confusión entre la propiedad que da lugar al patrimonio y el poder. La propiedad es un concepto que corresponde al Derecho Privado. El poder es tema del Derecho Público. La propiedad se adquiere o se pierde en el seno de la sociedad. El poder es la capacidad de regular a la sociedad desde el Estado. El patrimonialismo consiste en creer que una condición del poder del Estado es que sea propietario; en rigor, el más rico de los propietarios.

No bien lo definimos así, el patrimonialismo pasa a caracterizar no sólo a México sino a América Latina, una región donde las principales actividades económicas, desde la extracción del petróleo hasta la producción de energía, el acero, las comunicaciones y los transportes son en su mayoría propiedad del Estado.

El rey español no era sólo el soberano, el poderoso; era el dueño. Las repúblicas hispanoamericanas creyeron, a partir de allí, que solamente siendo propietarias ellas también serían ‘soberanas’. Pero tanto el rey y los virreyes como sus sucesores republicanos lograron a través del patrimonialismo lo contrario de lo que pretendían. Enervada por la presencia asfixiante del Estado-patrón, la sociedad latinoamericana languideció. Ha llegado la hora de devolverle su pérdida vitalidad. Ha llegado la hora de modernizarla”.

Cuando la relación entre la sociedad y el Estado es sana, cuando aquella maneja las propiedades y éste el poder, el estado se vigoriza al alimentarse de la riqueza general sin que le sea necesario pesar un exceso sobre ella.

Cuando el estado deviene patrón, absorbe progresivamente los recursos de una sociedad cada vez más pobre. Pero el diez por ciento de mucho es más que el ciento por ciento de casi nada. Al fin de este proceso el Estado patrimonialista conoce, paradójicamente, la pobreza y la debilidad.

Si bien los liberales quieren la modernización, ella no se agota necesariamente en el liberalismo. Ya ocurra bajo Gorbachov, Deng o Felipe González, todo intento por reencaminar al Estado hacia su verdadero rol de “regulador-no-propietario”, es modernizante. En la medida que no pretendió estatizar las empresas privadas sino regular la redistribución de los ingresos mediante impuestos y cargas sociales, por ejemplo, el socialismo europeo no fue patrimonialista. La zanja más profunda no se cava entre liberales y socialistas sino entre el Estado-propietario y el Estado-regulador. Los breves periodos liberales en nuestra América no han impedido que el Estado posea casi todas las industrias principales. Los largos periodos socialistas en Europa no anularon en general la propiedad privada de las empresas; las más de las veces —aunque no siempre— los socialistas se limitaron a gravar fuertemente sus rentas.

El problema del Estado latinoamericano no es el socialismo; su mal, el patrimonialismo, viene de una época muy anterior, cuando a nadie se le había ocurrido hablar de socialismo.

El populismo, en cambio, está estrechamente ligado al patrimonialismo. Propongo definirlo como una predisposición en favor de la acción social directa del Estado. ¿Hay hambre? El Estado da de comer. ¿Hay desempleo? El Estado crea puestos de trabajo. ¿Faltan viviendas? El Estado las construye. El populismo es la limosna del Estado millonario en favor de los principales damnificados por el patrimonialismo.

En el fondo no es asombroso que, al mismo tiempo que la idea de modernización, florezca otra vez en nuestra América el populismo. El éxito político de líderes como el mexicano Cárdenas, el brasileño Brizola, el peruano García y el argentino Menem, y el lenguaje neopopulista del candidato venezolano Carlos Andrés Pérez, muestran la otra ladera por la cual corren hoy las aguas de la política latinoamericana. El Estado patrimonialista ha terminado por vaciar no sólo sus propias arcas sino también las energías de la sociedad que las nutría. ¿Qué hacer, entonces? Unos, los modernizadores, tratan de adelgazar al Estado en beneficio de la olvidada sociedad. Este proceso, sin embargo, es confuso y doloroso. Contra él reaccionan entonces los nostálgicos del patrimonialismo pidiendo una vuelta más de tuerca en el sistema vigente. El populismo es un voluntarismo social. Los populistas piensan que, si se lo quiere con suficiente empeño, todavía se puede dar algo a las masas a través de las apropiaciones del Estado. Irritados por los costos del cambio que alientan los modernizadores, los populistas piden más de lo mismo.

El avance simultáneo del PAN liberal y el neocardenismo populista en México es por ello un fenómeno natural, que se repite a lo largo de América Latina. Impacientes frente a los tibios intentos de modernización de gobiernos tecnocráticos no del todo convencidos de ella como los de De la

Madrid, Alfonsín o Sarney, tanto los liberales como los populistas quieren apurar el paso. Aquéllos proponen avanzar con energía, no con timidez, hacia la modernización. Estos aspiran a detenerla y girar hacia atrás, en busca de las fuentes supuestamente vivas del patrimonialismo ancestral. Volcados hacia el futuro o hacia el pasado, ninguno de ellos acepta en todo caso el vacilante presente latinoamericano, ese “presente incierto” del que habla Octavio Paz.

*Mariano Grondona*